

¿PUNTO DE PARTIDA HACIA LA MODERNIDAD?
AMÉRICA LATINA A FINALES DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

*A Starting Point towards Modernity? Latin America at the
End of the Second World War*

WALTHER L. BERNECKER
Universidad de Nüremberg

RESUMEN: A finales de la Segunda Guerra Mundial parecía que en América Latina podía llegarse a una democratización de muchos regímenes; en los ámbitos político y social hubo un claro giro hacia la izquierda, además se hizo notar una marcada militancia obrera. Pero pocos años más tarde, la apertura democrática de los distintos regímenes tocó rápidamente a su fin; el subcontinente dio un marcado giro hacia la derecha. El ensayo analiza tanto los aspectos exógenos como los endógenos que explican estos cambios y concluye que los años en torno al final de la Segunda Guerra Mundial no pueden ser interpretados como punto de partida hacia la modernidad.

Palabras clave: Modernidad, Democracia, América Latina, Partidos, Política.

ABSTRACT: At the end of the Second World War it seemed that many regimes in Latin America would undergo a process of democratization. In the political and the social sphere, there was a clear turn to the left; furthermore, the workers became noticeably more militant. But only a few years later, the democratic opening of different regimes came to a rapid end; Latin America again turned to the right. The essay analyzes the exogenous as well as the endogenous aspects that explain these changes. It concludes that the years around the end of the Second World War cannot be interpreted as a starting point towards modernization in Latin America.

Key words: Modernity, Democracy, latin America, Parties, Politics.

La respuesta a la pregunta formulada en el título de esta exposición, si América Latina consiguió alcanzar el punto de partida hacia la modernidad a finales de la Segunda Guerra Mundial, depende de muchos y muy distintos factores: por una parte, de la definición del término “modernidad”, y por otra, del período de estudio. Analizando únicamente un corto lapso a finales de la guerra, es decir, los años 1944-1946, se obtendría un resultado muy distinto al que cabría esperar, si se incluye la fase siguiente hasta el fin de los años cuarenta. A continuación, se considera la década de los cuarenta al completo, es decir, el período entre la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, porque sólo de esta manera puede contestarse a la pregunta inicial, aludiendo ya al desarrollo de los acontecimientos en décadas posteriores. En cuanto a la definición de “modernidad”, no me basaré principalmente en indicadores socioeconómicos como industrialización, urbanización, estructura de ingresos, nivel de vida o criterios socioculturales como disposición mental, alfabetización, sistema de valores, sino que tendré en cuenta fundamentalmente factores políticos, como “un sistema desarrollado de partidos y organizaciones, representaciones eficaces, medios de masa diferenciados e independientes, y la posibilidad de un gran porcentaje de la población de influir en la composición del parlamento”¹. Tomando estos criterios como base, se analiza hasta qué punto puede hablarse de un punto de partida hacia la modernización.

Ha de hacerse otra consideración previa: Las siguientes explicaciones atañen a toda Latinoamérica, incluyendo a países muy distintos. Ello conlleva el tratar estos temas “a vista de pájaro”, de manera muy global y, de ignorar, por consiguiente, el desarrollo de éstos a nivel nacional, regional o sectorial respectivamente. Se analizarán las principales pautas de desarrollo, ya que, pese a que cada uno de los más de veinte países que conforman Latinoamérica haya escrito su propia historia nacional, pueden señalarse tal número de coincidencias —a pesar de las diferencias en el régimen político, las distintas etapas de desarrollo social y económico, la distinta composición de las elites nacionales, las relaciones divergentes con los EEUU— que queda justificado el utilizar un singular colectivo y hablar de Latinoamérica como un todo.

EL ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACIÓN

Los investigadores no están de acuerdo en cuanto a la importancia de los años cuarenta². Unos los describen como “regresivos y conservadores”. Esta línea de argumentación no reconoce tendencia alguna a favor de una mayor participación política y reformas sociales. A pesar de que, alrededor del año 1945, tuvo lugar cierta apertura política, ésta fue de muy corta duración y, finalmente, fracasó.

1. Peter STEINBACH: «Probleme politischer Partizipation im Modernisierungsprozeß». En: IDEM (ed.): *Probleme politischer Partizipation im Modernisierungsprozeß*. Stuttgart, 1982, p. 7.

2. Al respecto véase David ROCK: «Introduction». En: IDEM (ed.): *Latin America in the 1940s. War and Postwar Transitions*. Berkeley, 1994, pp. 1-14.

Excluyendo a la Argentina de Juan Domingo Perón y la Guatemala de Jacobo Arbenz, imperó el estancamiento político.

Por el contrario, una segunda tendencia afirma que la coyuntura posbélica en los años 1944-1946 marca un punto crítico en el desarrollo de la América Latina moderna. Ésta señala que la inflación ocasionada por la guerra dio lugar a una movilización política como nunca se había dado en Latinoamérica, llevando a la formación de nuevos partidos políticos. Las instituciones democráticas se habían afianzado hacia finales de la Guerra, pudiéndose constatar cierta apertura política. Tomando como ejemplo el caso de Brasil, se afirma que mientras que la Guerra, en un principio fortaleció el autoritarismo de Getúlio Vargas, el fin de ésta despertó impulsos reformistas latentes, produjo una proliferación de los sindicatos, aumentando al mismo tiempo la importancia de los partidos comunistas. Esta misma tendencia admite que hacia finales de los años cuarenta, estos impulsos democráticos pudieron ser silenciados y las elites tradicionales consiguieron neutralizar con éxito el empuje de las fuerzas reformistas.

Una tercera tendencia en la investigación sostiene que la característica fundamental de los años cuarenta consiste en la solución de la “crisis del capitalismo mundial”, cuyos inicios se remontaban a la Primera Guerra Mundial y que se agudizó como resultado de la crisis económica mundial de 1929. Estos períodos de crisis brindaron a Latinoamérica la oportunidad de un cambio estructural al disminuir la influencia de las potencias industriales capitalistas. Esta fase finalizó en 1948, cuando en los estados del Atlántico Norte se alcanzó una relativa estabilidad. En un sistema que perpetuaba los monopolios y privilegios en Latinoamérica, no había lugar para la democratización y las reformas. Por lo tanto, los años cuarenta fueron decisivos para América Latina en cuanto que determinaron el lugar que habría de ocupar esta región en el nuevo sistema global de acumulación capitalista durante las próximas décadas.

Estos tres planteamientos evidencian de forma unánime que no basta con considerar únicamente los años finales de la Guerra, sino que es necesario incluir en el estudio toda la década de los cuarenta. A continuación, se expondrán dos análisis sincrónico-estructurales: uno abarca el período 1944-1946, el otro el período 1948-1950. Por último, se compararán ambas fases y se estudiarán con mayor detalle aquellos elementos que determinarían a largo plazo el posterior desarrollo de América Latina.

PRIMER ANÁLISIS SINCRÓNICO-ESTRUCTURAL 1944-1946

Se pueden diferenciar tres tendencias evolutivas, características de esta fase³. Por un lado tuvo lugar una democratización de un gran número de regímenes. Por

3. Al respecto véase Leslie BETHELL/Ian ROXBOROUGH: «Introduction. The postwar conjuncture in Latin America: democracy, labor, and the Left». En: IDEM (eds.): *Latin America between the Second World War and the Cold War 1944-1948*. Cambridge (UK), 1992, pp. 1-32.

otro se puede constatar un claro giro hacia la izquierda, tanto en el ámbito político como social; en tercer y último lugar, se trata de un período de marcada militancia obrera.

Por aquel entonces, las dictaduras se vinieron abajo, el pueblo se movilizó, se celebraron elecciones relativamente libres con una alta participación electoral. Muchos partidos o movimientos reformistas llegaron al poder, las necesidades de las clases urbanas medias y obreras fueron expresadas con toda claridad. También la izquierda ortodoxo-marxista se alzó con grandes logros durante esta fase.

¿Cómo se llegó a semejante constelación? Todavía a principios de 1944, de las veinte repúblicas latinoamericanas, sólo Uruguay y Chile, y de manera algo menos contundente, Costa Rica y Colombia, podían afirmar ser democracias representativas. Al menos en estos cuatro países, los gobiernos habían sido elegidos “libremente” y estaban compuestos por civiles, existía cierta competencia política y los derechos civiles estaban garantizados aunque sólo fuera formalmente. La democracia argentina había sido barrida por un golpe militar; el sistema autoritario en México constituía un caso único, consecuencia de la revolución; en los restantes países latinoamericanos tenían el poder regímenes oligárquicos o represivos, dictaduras personales o militares. En general, los sistemas tradicionales habían permanecido intactos durante la guerra en casi toda Latinoamérica. La mayoría de los gobiernos no reaccionaron con reformas estructurales ante la crisis económica mundial de 1929, y no surgió un clima propicio para un cambio político; los cambios estructurales fueron insignificantes, y los sociales sólo se quedaron en sus comienzos. “La rebelión de las masas” vaticinada por José Ortega y Gasset no tuvo lugar.

Durante el último año de la guerra y los primeros de la posguerra, la democracia se estabilizó en aquellos pocos países que habían mostrado ya anteriormente una postura a favor de la democracia. En otros se produjeron cambios en pro de ésta: En Ecuador, un levantamiento popular llevó en 1944 a la disolución del régimen represor en aquel país; en Cuba, las elecciones de 1944 llevaron al poder al jefe de la oposición Ramón Grau San Martín; en Panamá, una coalición formada por grupos de la oposición logró al menos imponer a su candidato como presidente interino; en Perú, el candidato de la APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) salió en 1945 victorioso de las primeras elecciones libres en este país; en Venezuela, un golpe militar apoyado por la AD (Acción Democrática) de Rómulo Betancourt dio pie a un experimento único de democracia.

Esta fase fue testigo de cuatro transiciones de dictaduras militares a formas de gobierno más democráticas: En Guatemala, un levantamiento popular puso fin a la dictadura de Jorge Ubico y la elección del “socialista” Juan José Arévalo; en Brasil, Getúlio Vargas tomó a principios de 1945 las medidas necesarias para dar inicio al desmantelamiento del Estado Nôvo (1937-1945), a finales de año tendrían lugar las primeras elecciones relativamente libres en la historia de este país; en Argentina se produjeron (1945-1946) manifestaciones masivas en contra del régimen militar, entre ellas la “Marcha por la Constitución y la Libertad”, siendo convocadas también elecciones libres; en 1946, una revuelta popular provocó la caída del gobierno militar. Finalmente en Bolivia, el régimen militar fue derrocado en 1946 por un violento levantamiento popular, en el transcurso del cual fue lincha-

do el presidente. Incluso aquellas dictaduras de América Central, que preservaron un gobierno basado en el autoritarismo personal, se vieron forzadas a adoptar ciertas medidas de liberalización durante esta fase.

¿Cómo se explican todos estos cambios? El principal factor fue, sin duda, el previsible triunfo de los Aliados en la Guerra y la realización de éste. Pese a la postura amistosa mantenida frente al Eje en esta región, tras Pearl Harbor todos los estados latinoamericanos (con excepción de Argentina) enfriaron sus relaciones con las potencias del Eje y lucharon durante la guerra en el bando de los Aliados (si bien en algunos casos se incorporaron muy tarde). Basándose en fríos cálculos políticos, optaron por la libertad y la democracia, los valores propagados por los EEUU. Cuando en 1944 se podía prever ya una victoria de los Aliados y se vislumbraba el orden posbélico con la hegemonía de los EEUU, las clases dominantes en América Latina advirtieron la necesidad de efectuar ciertos ajustes político-ideológicos.

La propaganda bélica de los Aliados anunciando una nueva “creencia democrática” era increíblemente fuerte⁴. Los principios e ideales antifascistas propagados por los estados occidentales fueron al fin oídos. Ya en 1941, Arthur P. Whitaker escribiría que los conservadores latinoamericanos trabajaban con los Aliados con el fin de “mantener el status quo, pero que la insistencia de Washington en una colaboración interamericana a favor de la democracia, conllevaría ciertas implicaciones revolucionarias”⁵.

Por lo tanto, la derrota de Batista en las elecciones cubanas de 1944 se atribuye a la propagación de las ideas liberales en Latinoamérica; la campaña en los medios de comunicación durante ese mismo año contra el dictador salvadoreño Hernández Martínez utilizó argumentos provenientes originalmente del repertorio de Roosevelt y Churchill; en Guatemala, Jorge Ubico cayó en 1944 tras una revuelta estudiantil en cuyas banderas ondeaban escritas las “cuatro Libertades” de Roosevelt. La retórica con respecto a la democracia y a los frentes antifascistas acarreó un sinnúmero de consecuencias.

La tendencia a elecciones libres y de sistemas que apostaran por la democracia y la participación del pueblo se inició en 1943; en 1945, nueve estados, incluido Brasil, ya habían optado por formas de gobierno democráticas. Al finalizar la guerra se podía leer en el influyente anuario *Inter-American Affairs*: “Los años 1944 y 1945 llevaron a Latinoamérica más cambios democráticos que cualquier otro año después de las guerras de independencia. El triunfo de las Naciones Unidas sobre el Totalitarismo fascista en Europa y Asia involucró a las fuerzas democráticas. En toda Latinoamérica surgieron de nuevo discusiones sobre los problemas básicos de la democracia”⁶.

4. Donald MARQUAND DOZER: *Are We Good Neighbors? Three Decades of Inter-American Relations, 1930-1960*. Gainesville, 1959, pp. 226s.

5. Arthur P. WHITAKER (ed.): *Inter-American Affairs 1940*. New York, 1941, p. 47.

6. William EBENSTEIN: «Political and Social Thought in Latin America». En: Arthur P. WHITAKER (ed.): *Inter-American Affairs 1945*. New York, 1946, p. 137. Las fuerzas democráticas que surgieron entonces defendían con frecuencia ideas que distaban de las ideas liberal-democráticas de influencia occi-

A estos efectos exógenos hubo que añadir una gran presión endógena a favor de sistemas políticos más abiertos; esta presión partía de las clases medias urbanas, de los intelectuales y estudiantes, en algunos casos incluso de la clase obrera urbana. La guerra había promovido el auge de la industria, y paralelamente, había fomentado una acelerada urbanización. De esta manera, las elites agrarias o mineras hasta el momento dominantes, vieron reducida su influencia. La crisis económica mundial de los años 30 había minado en cierto modo los cimientos de las antiguas oligarquías, ya que, al mismo tiempo que estas regiones se urbanizaban, surgía una clase media urbana que no podía ser integrada en las elites establecidas, sin olvidar que mientras tanto, la clase obrera urbana se fortalecía día a día, a la vez que pedía a gritos cambios sociales⁷. Estos círculos reformistas estaban influenciados por las tradiciones liberales de sus propios estados por una parte, aunque principalmente por la propaganda bélica estadounidense por otra, la cual no hacía sino alabar tanto a las instituciones políticas como al modelo económico de los EEUU.

Así, indirectamente, los EEUU también jugaron un importante papel en la democratización de Latinoamérica a finales de la Segunda Guerra Mundial. La presión directa ejercida por Washington no fue tan relevante, ya que el objetivo primordial de los EEUU no consistía en imponer la democracia en América Latina, sino en conservar y asegurar sus intereses tanto estratégicos, como económicos. Washington cooperaba con todos aquellos regímenes que compartiesen sus mismas metas, sin establecer diferencias entre democracias y dictaduras. Un Trujillo en la República Dominicana y un Somoza en Nicaragua eran considerados tan aliados de los EEUU como lo fuera el dictador brasileño Getúlio Vargas, el mejor colaborador de Washington en Latinoamérica.

En el transcurso del año 1945, la política de los EEUU varió ligeramente. El interés estadounidense iba dirigido a presentar a sus aliados en Latinoamérica como defensores de la democracia. A partir de entonces, los dictadores no habrían de recibir más ayuda financiera ni económica. En algunos casos, los EEUU ejercerían una clara influencia a favor de una democracia o del asentamiento de ésta, como ocurriría en Brasil, Paraguay o Bolivia. En aquel momento, partiendo de la concepción estadounidense, el verdadero enemigo de la democracia en Latinoamérica continuaba siendo el fascismo, aún no el comunismo. Por el contrario, el que los partidos comunistas participasen en los intentos democratizadores en Brasil o Argentina por ejemplo, fue acogido por aquel entonces con satisfacción por Washington. La alianza durante la Segunda Guerra Mundial entre los Aliados del Oeste y la Unión Soviética se tradujo en América Latina en tolerancia frente a los partidos comunistas. Éstos fueron legalizados o, al menos, tolerados en casi todos los países latinoamericanos; en sólo dos años su número de afiliados se multiplicaría por cinco⁸.

dental. Democracia implicaba, en la radical variante latinoamericana, no sólo el derecho de voto sino la movilización popular y las reformas sociales.

7. R. A. HUMPHREYS: *Latin America and the Second World War*. Tomo 2. London, 1982, p. 34.

8. Fernando CLAUDÍN: *The Communist Movement: From Comintern to Cominform*. London, 1975, p. 309; véase también ROCK (nota 2).

Este extraordinario avance del comunismo en América Latina tiene su origen en la guerra y su desenlace. Tras el ataque alemán a la Unión Soviética, los partidos comunistas apoyaron en sus regiones a los gobiernos de sus respectivos países, bien fuesen autoritarios o reaccionarios, por encontrarse éstos en el bando de los Aliados. Muchos regímenes abandonaron su estricta política anticomunista, mientras que por su parte, los partidos comunistas colaboraron participando en alianzas interclasistas en interés de la “Unidad Nacional”.

Entre los rasgos fundamentales de esta fase se cuenta la creciente importancia de las asociaciones de trabajadores como actores políticos y sociales en Latinoamérica. La guerra había promovido el desarrollo industrial en algunos países, principalmente en Brasil y México, lo que daría lugar a un enorme éxodo rural. Los años cuarenta trajeron consigo un inmenso empuje urbanístico en la historia de América Latina⁹. Si en 1940 sólo un 33% de la población vivía en ciudades, en 1960 este porcentaje ascendía a un 44%. En la década de los años 40, la población latinoamericana crecía anualmente un 2,2%. Por aquel entonces, la sociedad en muchos países latinoamericanos sufrió en un lapso de tiempo muy corto, unos cambios muy profundos, los más intensos que habría registrado su historia. Este crecimiento desorbitado de las ciudades dio lugar a una creciente dependencia por parte de la población urbana de los puestos de trabajo en el sector industrial. Además, la guerra disparó la inflación, lo cual dio origen a su vez a nuevas formas de inestabilidad política. En muchos países, el auge exportador tuvo como consecuencia el traspaso de un gran número de trabajadores, hasta ahora ocupados en la economía de subsistencia, hacia el ramo de la producción exportadora, surgiendo así la escasez en el abastecimiento nacional. Se produjeron por este mismo motivo disturbios políticos en algunas regiones de México, Haití, Venezuela, Perú, Brasil y la República Dominicana. Si a comienzos de los años 30 la clase obrera se había centrado aún en los sectores de servicios y transportes, durante la guerra esto cambiaría aumentando notoriamente el número de trabajadores en el sector de industria. En México, la plantilla de trabajadores industriales creció durante la guerra de unos 568.000 (1940) a 922.000 (1945), en Argentina de 633.000 (1941) a 938.000 (1946), en Brasil de 995.000 (1940) a 1.608.000 (1950). En Latinoamérica surgió entonces lo que se podría denominar un “proletariado moderno”.

Al mismo tiempo creció el número de afiliados al sindicato: en Argentina pasó de 448.000 (en 1941) a 532.000 (en 1945), en Brasil de 351.000 (en 1940) a 798.000 (en 1947), en Colombia de 84.000 (en 1940) a 166.000 (en 1947). En el año 1946, en toda Latinoamérica entre 3,5 y 4 millones de trabajadores se organizaban en sindicatos¹⁰; también tuvo lugar un mayor número de los conflictos laborales y

9. Véase ALAN GILBERT: *The Latin American City*. London, 1994.

10. Respecto al movimiento sindicalista véase Peter WALDMANN: «Gewerkschaften in Lateinamerika». En: Siegfried MIELKE (ed.): *Internationales Gewerkschaftshandbuch*. Opladen, 1983, pp. 119-147; Walther L. BERNECKER: «Gewerkschaften zwischen Verfolgung und Machtbeteiligung. Bedingungen, Formen und Erfolge gewerkschaftlicher Organisation in Lateinamerika». En: *Lateinamerika (Kohlhammer Taschenbücher “Bürger im Staat”)*. Stuttgart, 1982, pp. 153-166.

huelgas. Entre 1945 y 1947, Latinoamérica vivió la fase de mayor militancia obrera desde el fin de la Primera Guerra Mundial.

Considerando la rapidez con la que tuvieron lugar los procesos de urbanización e industrialización con sus respectivas consecuencias sociales, mostraron claramente a los gobiernos que ya no podían seguir apoyándose únicamente en el ejército, sino que tenían que incorporar a los trabajadores, cada vez más conscientes de su poder político. Las actividades estatales ampliaron su cobertura a raíz de este vertiginoso cambio social; la integración de las distintas capas sociales en el Estado se produjo a menudo a través de mecanismos corporativistas, neutralizando así al mismo tiempo los conflictos sociales.

La postura sindicalista frente a la democracia se hallaba condicionada por distintas lealtades. En términos generales, los trabajadores apoyaban la apertura política en la posguerra. En Brasil, sin embargo, el movimiento obrero se pronunciaba a favor de Vargas, en Argentina a favor de Perón, ya que estos dictadores apostaron por los trabajadores, mientras que las fuerzas opositorias democráticas, por lo general, eran consideradas oligárquicas y contrarias a los trabajadores. En México, los sindicatos oficiales se enfrentaban e insultaban a las fuerzas opositorias denominándolas reaccionarias. Pese a dichas divergencias, por lo general puede decirse que los tres aspectos principales característicos de la política latinoamericana de la posguerra —democracia, orientación izquierdista, militancia obrera— se encontraban estrechamente relacionados y se reforzaban mutuamente.

DISCREPANCIAS ECONÓMICAS ENTRE LATINOAMÉRICA Y LOS EEUU

Existían varias razones por las cuales en 1945 los estados latinoamericanos podían albergar esperanzas de recibir ayuda financiera por parte de los EEUU en los años venideros: Por una parte, habían luchado en el mismo bando en la guerra; por otra parte, durante 1944 y 1945, cuando los EEUU habían necesitado del apoyo latinoamericano para realizar sus planes respecto a la creación de la ONU, habían reinado la armonía y la concordancia entre el Norte y el Sur. En febrero de 1945, los estados latinoamericanos prometieron apoyar la iniciativa a favor de la fundación de la ONU durante la celebración de la Conferencia de Chapultepec (México). ¡Por aquel entonces los latinoamericanos sumaban 20 de los 51 estados de la ONU! Además, durante la guerra se había intensificado la fuerte interdependencia económica entre los EEUU y América Latina. En 1941, el porcentaje estadounidense en el comercio exterior latinoamericano suponía ya un 54% del total, y en el transcurso de la guerra, éste seguiría aumentando. Cada vez más minerales —como el cobre de Chile, zinc de México, manganeso de Brasil— eran enviados a los EEUU. Tras la guerra —así pensaban los latinoamericanos— los EEUU no podrían dejar en la estacada a los países al sur del Río Bravo.

También es verdad que con anterioridad ya se podían advertir señales de que las relaciones estadounidenses-latinoamericanas iban a enturbiarse a partir de 1945. Antes de la guerra, Latinoamérica había jugado, sin duda alguna, un importante papel en la política exterior de los EEUU. En 1933, Franklin D. Roosevelt

anunció la “política de buena vecindad”, según la cual los Estados Unidos se abstendrían de intervenir militarmente en el Sur. A raíz de ello, Roosevelt calificó a políticos de tan sospechosa orientación democrática como Rafael Trujillo, de “grandes y buenos amigos”, y elevó a Getúlio Vargas al cargo de co-fundador de la política del New-Deal¹¹. Para los EEUU se trataba entonces de dominar el comercio latinoamericano; el tan alabado “Panamericanismo”, según la cínica formulación de los críticos, no fue sino una gran campaña publicitaria de la economía estadounidense para lanzar sus productos al mercado.

La ofensiva comercial lanzada por los EEUU en los años 30 fue considerada por Washington como especialmente necesaria ya que había que impedir que Alemania o Japón se apoderasen del mercado latinoamericano, sobre todo del Brasil. Además, si se llegase a declarar la guerra, los Estados Unidos necesitarían de la minería y las zonas agrícolas sudamericanas para su industria bélica. La Segunda Guerra Mundial se convirtió pues, indirectamente, en una disputa entre las potencias fascistas y los EEUU por la hegemonía en América Latina.

Entre 1936 y 1940 tuvieron lugar una serie de Conferencias interamericanas, en las que los EEUU impusieron sus mecanismos de consulta en cuestiones de defensa y seguridad entre las repúblicas americanas¹². Al empezar la guerra, los EEUU pudieron contar, en un principio, con la neutralidad de los latinoamericanos y, más tarde, con su apoyo activo. Un inmenso número de oficiales latinoamericanos fueron adiestrados en las academias militares estadounidenses, casi todas las repúblicas latinoamericanas rompieron sus relaciones diplomáticas con el Eje¹³. Incluso Getúlio Vargas, tan versado en la retórica y la estilística del fascismo, el mismo que en junio de 1940 celebraría la caída de Francia calificándola de fin del liberalismo y comienzo de una “nueva época”, se adhirió a la Alianza Interamericana¹⁴. Los lazos entre los Estados Unidos y las instituciones latinoamericanas se entrecruzaban cada vez más.

Durante la guerra, el principal objetivo de Washington consistía en asegurar las importaciones bélicas y de importancia vital provenientes de América Latina. Por ello, los norteamericanos invirtieron principalmente en ferrocarriles, los cuales comunicarían las regiones mineras con los puertos. Se trataba de garantizar el aprovisionamiento de minerales y materias primas. No pretendían un desarrollo industrial de América Latina, sino todo lo contrario. Latinoamérica habría de convertirse en un mercado exclusivo para los productos norteamericanos. Los argentinos, más bien reacios a trabajar con los EEUU, criticarían desde un principio esta

11. Hubert HERRING: *Good Neighbors: Argentina, Brazil, Chile, and Seventeen Other Countries*. New Haven, 1941, p. 4.

12. J. LLOYD MECHAM: *The United States and Inter-American Security, 1889-1960*. Austin, 1961, pp. 125ss.

13. Michael J. FRANCIS: *The Limits of Hegemony: United States Relations with Argentina and Chile during World War II*. Notre Dame, 1977.

14. Finalmente, sólo Argentina se oponía al sistema de alianzas norteamericano. En 1942, la región del Río de La Plata trató de fundar (sin éxito) un bloque neutral de estados latinoamericanos en oposición a los EEUU. Véase Joseph S. TULCHIN: *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*. Boston, 1990.

relación, aduciendo que la colaboración ofrecida por Washington era en extremo unilateral. Otros factores también contribuyeron a un paulatino distanciamiento entre los EEUU y Latinoamérica. En los Estados Unidos se extendía la opinión de que todas las energías debían concentrarse en Europa para ganar la guerra. Con ello peligraba al mismo tiempo el tratamiento preferente brindado a América Latina en el marco de la "Good-Neighbor-Policy" y del Movimiento Panamericano. En 1944, Latinoamérica y la América anglosajona se distanciarían aún más: los latinoamericanos se opusieron, en un principio, al plan de los Aliados para fundar una organización de Naciones Unidas, regida por un Consejo de Seguridad al que únicamente pertenecerían las potencias. Y también se opusieron a los Acuerdos de Bretton Woods, por los cuales los Aliados se declaraban a favor del libre comercio y contra el proteccionismo.

Cuando la guerra estaba tocando a su fin, los conflictos se hicieron cada vez mayores. Mientras que los EEUU presionaban cada vez más a favor de la imposición del libre comercio, los latinoamericanos defendían la continuación de la ayuda económica proveniente del Norte, el sistema proteccionista y las corporaciones estatales. Los norteamericanos, por el contrario, atacaron con especial ahínco el nacionalismo económico tan extendido en América Latina.

Al finalizar la guerra, los EEUU rescindieron los contratos de aprovisionamiento de minerales y otros materiales estratégicos. Además, repartieron entre 1945 y 1951 unos 8.600 millones de dólares a sus antaño enemigos y 5.600 millones a sus aliados en Europa Occidental. En este mismo período de tiempo, América Latina recibió 2,6 millones de dólares, o lo que es lo mismo, todo el continente obtuvo la misma cantidad que Bélgica y Luxemburgo juntos. En cuanto a la futura ayuda estadounidense a Latinoamérica, el Ministro de Exteriores George C. Marshall, durante la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro, justificó en 1947 la moderación de su gobierno de la siguiente manera: "Mi gobierno está dispuesto a incrementar el monto de la ayuda destinada al desarrollo de las economías de las repúblicas americanas. Pero financiar más de una pequeña parte de la vasta deuda va más allá de la capacidad del gobierno de los Estados Unidos. El capital necesario en los próximos años debe provenir de fuentes privadas, tanto nacionales como extranjeras"¹⁵.

Los diferentes conceptos sobre el futuro económico de América Latina contribuyeron asimismo a la separación de esta última y los EEUU. En el transcurso de la guerra el crecimiento de la producción industrial había ocasionado un aumento del intervencionismo y de la planificación estatal. Durante la crisis de los años treinta, la economía mundial liberal pareció venirse abajo por completo, y la primera mitad de los años cuarenta era testigo de las economías centralizadas características de la época de guerra. Es comprensible por lo tanto la creencia de los políticos latinoamericanos que sólo una política de industrialización estatal planificada podría llevar a obtener el éxito deseado y acarrearía mayor poder estatal.

15. Cita según Robert BURR: «United States Latin American Policy». En: Arthur M. SCHLESINGER (ed.): *The Dynamics of World Power: A Documentary History of United States Foreign Policy*. Tomo 3, New York, 1973, p. 44s.

LA COMISIÓN ECONÓMICA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA AMÉRICA LATINA

En este contexto surgió a finales de la Guerra en toda Latinoamérica una ardua discusión sobre el papel que habría de jugar esta región en el nuevo orden mundial¹⁶. En México, donde el líder sindicalista Vicente Lombardo Toledano fundó la *Confederación de Trabajadores de América Latina*, se propagó un modelo de desarrollo basado en la cooperación entre los empresarios y los trabajadores, ambos interesados en la industrialización del país. El Estado debía coordinar esta alianza de clases y, con la ayuda de una política proteccionista, crear las condiciones-marco para la industrialización. El Estado jugaba un papel vital en este concepto; debía poner a disposición de los empresarios la infraestructura necesaria, apoyar a los empresarios nacioirtales y subsanar las debilidades del mercado. Se trataba, en cierta manera, de una especie de estimulación de la demanda en versión Tercer Mundo a lo Keynes. Sin embargo, decisivo para el éxito de esta empresa era una redistribución de los ingresos y del patrimonio de las elites agrarias a los sectores urbanos. De este modo debía nacer un mercado de masas, que a su vez colaboraría en el éxito de la industrialización por medio de la sustitución de importaciones.

Aproximadamente a mediados de los años cuarenta, se produjo en cierto modo una fusión entre la demanda de desarrollo industrial y las ansias de reformas sociales. A pesar de que conceptos reformistas de esta índole se discutieron en muchos países de América Latina, no se llevaron a la práctica. El poder de las elites establecidas seguía siendo demasiado fuerte. Al final, se impondría como estrategia económica de la posguerra una variante bastante más conservadora de industrialización por medio de sustitución de importaciones. Rápidamente, los gobiernos acordaron con las elites agrarias la exclusión de cualquier reforma agraria de entre sus objetivos políticos. Al no haberse llegado a producir alteración significativa alguna en la relación de la posesión de tierra, no se efectuó un aumento de la demanda de masas.

Paralelamente a estos debates sobre el desarrollo latinoamericano se celebraron entre los EEUU y los estados latinoamericanos todo tipo de conversaciones sobre las relaciones económicas entre ambas regiones. En la Conferencia de Chapultepec en febrero de 1945, los EEUU insistieron en imponer normas liberales, mientras que los latinoamericanos optaron por proteccionismo y por un bloque preferencial interamericano.

Por un momento los latinoamericanos albergaron la esperanza de ser acogidos en el club de los ricos. En 1948 se decidió en La Habana la creación de una Organización de Comercio Internacional a la cual los estados latinoamericanos también habrían de pertenecer. Los latinoamericanos interpretaron la "Carta de La Habana" como una legitimación de sus reivindicaciones de pertenecer al "Norte". Mas, el Congreso de los EEUU no llegaría nunca a ratificar la ley sobre la Orga-

16. Ian ROXBOROUGH: «Labour Control and the Postwar Growth Model in Latin America». En: Rock (nota 2), pp. 248-264.

nización de Comercio Internacional; el fracaso de las gestiones de La Habana fue interpretado por los latinoamericanos como un rechazo por parte de los EEUU y como un encasillamiento en la categoría de “Tercer Mundo”. Aquella interpretación, más bien desencantada, tendría enormes consecuencias para el nacimiento de una doctrina económica regional¹⁷.

Cuando los debates sobre el desarrollo nacional y los esfuerzos comerciales internacionales alcanzaron este punto tan decepcionante para los latinoamericanos, fue fundada la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) en 1948. Economistas estructuralistas y modernizadores tecnocráticos, inspirados por la visión de una posible relación entre democracia y desarrollo en un estado de bienestar con un trasfondo de mejoras sociales y auge económico, desarrollaron una estrategia reformista, la cual debía, por una parte, profundizar y acelerar la industrialización por medio de la sustitución de importaciones de los años 30 y 40; por otra, debía emprender reformas estructurales en lo más profundo de la economía latinoamericana. Ejemplo de ello serían las reformas agrarias, la diversificación de la estructura productiva, el fomento de la exportación, y por encima de todo, la expansión del mercado. Este concepto¹⁸ debía hacerse realidad con ayuda de la siguiente alianza tripartita: los empresarios nacionales (la tan citada “burguesía nacional”), a quienes se les ofrecían unos razonables beneficios amparados por una barrera arancelaria proteccionista, se habrían de asociar con las organizaciones de trabajadores, a quienes les fueron prometidos empleos y sueldos más altos, todo ello bajo la dirección de un estado intervencionista, el cual asimismo velaría por conseguir y mantener las condiciones económicas requeridas y la infraestructura necesaria; en caso necesario, el Estado mismo invertiría en la industria, si la iniciativa privada no bastase. Se rechazó explícitamente el antiguo modelo del *desarrollo hacia afuera* creado en el siglo XIX y que basaba el crecimiento económico en la exportación de materias primas. Este era una especie de concepto socialdemócrata, por el cual los sindicatos y la izquierda serían integrados en un sistema democrático. E independientemente de todos aquellos persistentes problemas en el ámbito laboral y social, se establecería una especie de compromiso de clases respecto al modelo de industrialización, lo cual debería garantizar un desarrollo continuado.

Estas ideas fueron acogidas con gran escepticismo en los EEUU. Precisamente en esta fase abogaban vehementemente por un orden económico liberal basado en la libre circulación de bienes y capitales. Proteccionismo, intervencionismo estatal e industrialización inducida no tenían cabida en este concepto. De este modo, se dio lugar a una antinomia de base entre el modelo de industrialización por medio de la sustitución de importaciones, reformista y dirigido hacia adentro por un lado, y el orden económico mundial liberal, establecido por los EEUU, por otro.

17. E.V.K. FITZ GERALD: «ECLA and the Formation of Latin American Economic Doctrine». En: ROCK (nota 2), pp. 89-108.

18. Leslie BETHELL/Ian ROXBOROUGH: «Conclusion: The Postwar Conjuncture in Latin America and its Consequences». En: IDEM (nota 3), pp. 327-334.

Hay que añadir que CEPAL, bajo la dirección de quien fuera durante muchos años su director, Raúl Prebisch, emprendió una fuerte crítica contra la teoría clásico-liberal de comercio exterior y su concepto base de las ventajas comparativas. Tomando como base el modelo de centro-periferia, Prebisch construyó la tesis de que el intercambio comercial entre los países industriales y aquéllos en vías de desarrollo era desigual, beneficiándose de ello principalmente los países del centro. Decisivos fueron los *terms of trade*, las relaciones de intercambio, que habían evolucionado a lo largo del tiempo en perjuicio de la periferia. Para poner en marcha el necesario proceso de industrialización en América Latina, el Estado tendría que jugar un papel determinante en el proceso de desarrollo, siguiendo una política proteccionista con el fin de conseguir la sustitución de importaciones¹⁹.

Ideas de este tipo surgieron y se pronunciaron en un momento, en el que la situación política mundial había dado un enorme giro con respecto a 1945; las consecuencias de estos cambios en Latinoamérica abarcarían casi todos los ámbitos.

SEGUNDO ANÁLISIS SINCRÓNICO-ESTRUCTURAL 1948-1950

El primer análisis para el período 1944-46 ha puesto de relieve que durante aquellos años, en muchos países de América Latina tuvo lugar un notorio fortalecimiento de las fuerzas democráticas en detrimento de las conservadoras y/o autoritarias, al igual que un aumento del poder de los sindicatos. Asimismo los EEUU habían extendido su radio de influencia hasta abarcar todos los países del subcontinente. La expansión económica que acompañó al auge exportador latinoamericano contribuyó, junto a las distintas conmociones sociales de aquellos tiempos, a fomentar los procesos democráticos de la posguerra. Esta situación habría de cambiar de inmediato.

En primer lugar hay que apuntar que los Estados Unidos no tenían el propósito de hacer llegar una ayuda económica sustancial a Latinoamérica. Washington concentraba sus energías financieras y económicas exclusivamente en Europa Occidental. El presidente Truman hacía referencia a la “responsabilidad colectiva” de todos los americanos, y por lo tanto también de los latinoamericanos, de ayudar al Viejo Mundo a ponerse de nuevo en pie. Latinoamérica, en opinión de la mayoría, había salido bien librada de la guerra en el aspecto económico. Además, la recuperación económica de Europa Occidental también habría de beneficiar al subcontinente²⁰. Los EEUU, antes los “Good Neighbors” o buenos vecinos, se convirtieron en “good spectators” o buenos contempladores. La política de Washington frente a América Latina sería caracterizada por un alto funcionario del Ministerio del Exterior con las palabras: “Neglect and Ignorance”²¹.

19. Nikolaus WERZ: *Das neuere politische und sozialwissenschaftliche Denken in Lateinamerika*. Freiburg, 1991, pp. 161-167. Entretanto se ha demostrado que en su mayor parte los conceptos utilizados por Prebisch no procedían de él, sino que había hecho suyo aquel de Werner Sombart. Véase al respecto FITZ GERALD (nota 17).

20. Robert A. POLLARD: *Economic Security and the Origins of the Cold War*. New York, 1985, p. 213.

21. La expresión procedía de Adolf BERLE; véase Jordan A. SCHWARTZ: *Liberal: Adolf A. Berle and the Vision of an American Era*. New York, 1987.

La postura de Washington frente a los sistemas políticos al sur del continente deja entrever también el distanciamiento al cual hicimos referencia anteriormente. Cuando a principios de los años 40, los EEUU pugnaron a nivel mundial en favor de la democracia, defendieron también estos mismos valores democráticos en América Latina y fomentaron allí la transición política a sistemas democráticos. Este apoyo a la democracia fue aún más evidente poco antes de la fundación de las Naciones Unidas, decayendo después visiblemente. A más tardar a partir de 1946 las democracias latinoamericanas levantaron suspicacias en los EEUU debido a que se presentaban de forma nacionalista, ante todo en el sector económico, ampliando además las funciones del Estado; además, las democracias ofrecían oportunidades contempladas reaciosamente para la creación y consolidación de partidos comunistas y sindicatos de izquierdas.

Analistas críticos, ya en la época de la inmediata posguerra, concluirían al unísono que los EEUU habían estado dispuestos a apoyar a América Latina mientras sus propios intereses permaneciesen amenazados en esta región; cuando, durante la posguerra, los Estados Unidos se sintieron amenazados esta vez por la Unión Soviética, centraron todo su interés en Europa. Su objetivo primordial en Latinoamérica consistía en evitar una penetración comunista. En la Conferencia de Inauguración de la Organización de Estados Americanos OEA en 1948, se calificó la existencia de partidos comunistas de amenaza para la seguridad del hemisferio occidental.

La postura anticomunista de los EEUU trajo consigo grandes consecuencias a nivel de política interior: la apertura democrática de los distintos regímenes tocó rápidamente a su fin. En 1947 y 1948 fueron derrocados los gobiernos liberales de Venezuela y Perú, respectivamente; en 1948, en Colombia, el reformista popular Eliécer Gaitán murió víctima de un atentado. En Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Bolivia, en los estados centroamericanos y en el Caribe era evidente que se producía un nuevo giro hacia la derecha, que conllevaba indefectiblemente retórica política anticomunista, represión de los sindicatos y eliminación de las fuerzas reformistas. A principios de los años 50, el respetado intelectual Germán Arciniegas escribiría que estaba teniendo lugar una enorme conspiración contra la democracia, la libertad y los derechos humanos en Latinoamérica. Continuaría diciendo: "Los parlamentos han sido cerrados a la fuerza. Las universidades han caído bajo el dominio de los gobiernos [...] Los dirigentes políticos han sido condenados a guardar silencio"²².

Desde hacía tiempo, los EEUU habían vuelto a volcar su interés en las oligarquías o los dictadores militares. El Ministro de Exteriores de los EEUU, John Foster Dulles, calificó al dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez de "dirigente ideal" para América Latina, ya que había conseguido hacer de su país una localización atractiva para el capital extranjero. Toda Latinoamérica tendría que ser como Venezuela, afirmó Dulles, de este modo se podría al fin desterrar para siempre el peligro

22. Germán ARCINIEGAS: *The State of Latin America*. New York, 1952, pp. XI, XIV.

del comunismo y de las revueltas sociales²³. El nacionalismo económico, tan extendido en América Latina, fue condenado como obra de agitadores comunistas.

Sin embargo, sería incorrecto querer aducir el giro de Latinoamérica hacia la derecha únicamente a la presión estadounidense y a la Guerra Fría. Desde el punto de vista de las elites latinoamericanas, motivos tanto económicos como políticos intercedían a favor de este cambio. En primer lugar, hay que señalar que la apertura hacia la izquierda había tenido lugar sólo a regañadientes, y la mayoría de los regímenes consideraban el aumento de poder tanto de los sindicatos como de los comunistas como un peligro para el orden establecido. Cuanto antes pudiese ser eliminada esta amenaza, tanto mejor. En segundo lugar, ha de incorporarse al análisis la percepción de la situación económica y política por parte de las elites latinoamericanas. Los políticos latinoamericanos tenían puestas grandes esperanzas en la entrada de capital extranjero a partir de 1945, bien en forma de ayuda económica o bien de inversiones directas. Durante la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro en 1947, los EEUU dejaron claro que no existiría un programa de ayuda para América Latina, análogo al Plan Marshall²⁴. De este modo, sólo restaba recurrir a las inversiones directas. Pero durante los primeros años de la posguerra se registraron muy pocas inversiones directas estadounidenses, y éstas se limitaron en su mayor parte al petróleo venezolano y al azúcar cubano. Para conseguir inversiones, debía crearse en Latinoamérica un clima propicio para éstas. Un desarrollo económico capitalista y liberal y la correspondiente ideología de desarrollo eran premisas necesarias para las inversiones extranjeras. El programa podía concretarse en los siguientes puntos: medidas de estabilización, depreciación de la moneda, control sobre los sindicatos, prohibición de huelgas, congelación de los sueldos y política de bajos costes salariales en el sector industrial y restauración de los regímenes conservadores en el ámbito político.

Las instituciones del movimiento sindicalista fueron las principales víctimas de este giro político. La izquierda había de ser amansada. Inmediatamente se tomaron las medidas legislativas para llevar esta decisión a la práctica: se dificultó la declaración de huelgas, los partidos comunistas fueron perseguidos y prohibidos, y los trabajadores fueron incorporados al sistema estatal a través de instituciones corporativistas.

A finales de esta década, en todos los países se había acabado con la oposición sindicalista independiente y militante, o al menos, ésta había sido puesta bajo control. El número de afiliados a partidos comunistas se había reducido a 200.000 en 1952. Los comunistas no tendrían ya prácticamente ninguna oportunidad en las elecciones.

23. Gordon CONELL-SMITH: *The United States and Latin America: An Historical Analysis of Inter-American Relations*. London, 1966, p. 208.

24. Stephen RABE: *Eisenhower and Latin America*. Chapel Hill, 1988, pp. 16-18; véase también Leslie BETHELL/Ian ROXBOROUGH: «Latin America between the Second World War and the Cold War». In: *Journal of Latin American Studies* 20, n.º. 1, mayo 1988, pp. 167-189; Leslie BETHELL: «From the Second World War to the Cold War, 1944-1954». En: Abraham F. LOWENTHAL (ed.): *Exporting Democracy*. Baltimore, 1991, pp. 41-70.

La Guerra Fría suministraría a las fuerzas conservadoras en América Latina otra justificación para subyugar a los trabajadores. Las condiciones necesarias para atraer a las inversiones extranjeras y la dinámica anticomunista de la Guerra Fría armonizaban a la perfección. Latinoamérica, por encima de todo, precisaba estabilidad política, lo cual podía estar reñido con el fortalecimiento de instituciones democráticas. Dos requisitos distintos confluyeron: Por una parte, las clases dominantes querían contener a cualquier precio a los sindicatos militantes y a las clases medias sedientas de reformas sociales; por otra, era imprescindible un sistema de *Law and Order*, para que América Latina resultase atractiva al capital extranjero. La Guerra Fría facilitó la ideología para la amputación de las reformas y la opresión de los reformistas.

REFLEXIÓN FINAL: LA IMPORTANCIA DE LA POSGUERRA PARA LATINOAMÉRICA

Comparando ambos análisis sincrónico-estructurales de 1944-1946 y 1948-1950, se obtienen los siguientes resultados con respecto al posterior desarrollo de América Latina:

1. El fin de la Segunda Guerra Mundial pareció significar para Latinoamérica una verdadera ruptura, un cambio radical; pero, este cambio no se produjo después de todo. Se intentaron combinar los cambios sociales y económicos con una transición hacia formas de gobierno más democráticas. Estas tentativas, las cuales se perfilaban claramente en 1945, fracasaron pocos años más tarde con la llegada de la Guerra Fría y con el evidente deterioro del comercio exterior. En un principio, en los años cuarenta se podía ser de la opinión que los EEUU por fin se habían unido a las fuerzas progresistas en América Latina, para alcanzar juntos las ansiadas metas de auge económico y democratización. Pero muy pronto el interés estadounidense se apartaría de nuevo de América Latina. El triunfo sobre el fascismo, y más tarde la contención del comunismo tendrían preferencia. Mientras que fuerzas enemigas dominasen regiones de importancia estratégica en Europa y Asia, los EEUU dirigirían su atención a Latinoamérica; sin embargo, en cuanto ellos mismos tuviesen estas regiones bajo control, su interés por América Latina decaería, llegando los EEUU incluso a descuidar por completo a sus vecinos del sur. El único interés que perduraría sería el orientado hacia la lucha anticomunista.

2. Además, los años cuarenta representaron para América Latina la entrada en un nuevo orden internacional, en el cual las antiguas relaciones con Europa Occidental se enfriaron o se interrumpieron totalmente, mientras que las relaciones con los EEUU ganaron una importancia que hasta el momento no habían tenido. Esta situación se mantendría durante décadas; recién en los últimos tiempos parece producirse un distanciamiento de este modelo de dependencia.

3. El lapso de tiempo entre la Guerra Mundial y la Guerra Fría vio nacer aquella importante contradicción entre las fuerzas populares y las fuerzas autoritarias, que posteriormente se convertiría en una de las características de diferenciación en la política latinoamericana e impediría que el subcontinente recobrase la paz.

La alternancia cíclica entre democracias de corta vida, orientadas hacia reformas sociales, y autocracias represivas continuó siendo hasta las épocas más recientes un elemento básico de la política latinoamericana.

4. En el ámbito económico, los años cuarenta, aunque no representaron ningún punto de partida para una nueva evolución, radicando ello en que la mayor parte de los procesos ya habían sido puestos en marcha con antelación, sí fueron testigos del reforzamiento radical de antiguas tendencias. El papel del Estado como empresario se fomentó y consolidó, industrias fueron nacionalizadas en gran parte, las burocracias estatales y los gastos del Estado crecieron drásticamente. Con ello se produjo un cambio en el tipo de Estado en general. A finales de esta década se perfilaban claramente los contornos del desarrollo político y económico, el cual se alzaría (incluso hasta bien entrados los años 80) como respuesta conservadora ante la movilización política y económica de los años 1944-1946.

5. Los años cuarenta marcaron la institucionalización de un sistema de relaciones laborales que perseguía como meta el poner rienda a la militancia obrera que había impedido el deseado flujo de capital extranjero. Esta "solución" latinoamericana puede denominarse "una consolidación conservadora" (Ian Roxborough) de las relaciones laborales. En los países más grandes, con un sector industrial relativamente importante, el Estado jugaría un papel importante y el segmento obrero organizado en sindicatos consiguió cierta seguridad social. Se trataba, no debemos olvidarlo, de la variante conservadora del modelo de industrialización, fuertemente dependiente del capital extranjero, el cual controlaba asimismo el movimiento obrero y daba origen a una distribución de ingresos aún más regresiva. Hay que añadir que las elites agrarias, pese a que en la mayoría de los casos fueron alejadas de los mandos del poder, siguieron constituyendo un influyente grupo oligárquico que sabía cómo evitar cualquier clase de reforma agraria. Esta solución conservadora contribuiría al brote de tensiones políticas y de continuos conflictos cuyo origen se hallaba en la desigual distribución de ingresos. Es un hecho que los puntos débiles de las democracias latinoamericanas tienen muchas raíces históricas: Sin embargo, es evidente que el modelo de desarrollo propuesto en la época de la posguerra ocupa un lugar preferente en este contexto²⁵.

6. En aquellos años en América Latina dio comienzo un nuevo debate. Siendo conscientes de no pertenecer al Primer Mundo los populistas hicieron uso de una nueva terminología tercermundista, que más tarde sería adoptada por los líderes de los movimientos independentistas en Asia y África. También el análisis de la CEPAL, así como, veinte años más tarde, la retórica de la que se servirían los defensores de la teoría de la dependencia se vieron influidos por la visión y forma de pensar de la generación de políticos latinoamericanos que, tras finalizar la Guerra Mundial, pretendieron, sin éxito, formar parte del Primer Mundo.

* * *

25. Al respecto Guillermo O'DONNELL: *El estado burocrático-autoritario*. Buenos Aires, 1982.

Si se analiza la década de los cuarenta en su conjunto, se puede afirmar con toda seguridad que estos años representan para América Latina una fase de especial importancia, en cierto modo incluso decisiva. En un principio incluso parecía brindarse una oportunidad histórica para la imposición de las fuerzas democráticas y progresistas. Pero rápidamente la historia sufrió un vuelco y resultó evidente que la pugna a favor de la democracia (en los raros casos en los que se superase el ámbito de la retórica) por parte de las elites latinoamericanas, de ninguna manera implicaba la aceptación de una amplia participación popular en el proceso democrático. Al final de los años cuarenta, las fuerzas democráticas sufrieron una derrota histórica que determinaría las directrices del desarrollo en las próximas décadas.

Independientemente de qué criterios sean usados como base este período no puede ser denominado “un punto de partida hacia la modernidad”.

(Traducido del alemán por Zitta Moncada)